

no delito de espionaje. Todo el día pasó en observacion, y al caer la tarde se determinó á entrar á la casa y preguntar al portero sobre las personas que vivian en ella; pero este, que era un moceton natural de Camprero, cerca de Oviedo, con unas melenas hasta el cuello, barbas de puerco espin y dientes salteados, le contestó gruñendo y echándole bonitamente á la calle.

El fiel cerbero no dejó de dar aviso al señor Gonzaga de que un hombre sospechoso habia tratado de tomar informes respecto de los que habitaban en la casa, y dirigido miradas investigadoras á todos los departamentos miéntras le hablaba.

El señor Gonzaga encogió los hombros al oír la relacion de su portero.

—¿Qué hago con él si vuelve, amo?

—No dejarle entrar contestó maquinalmente el señor Gonzaga—sin sospechar que aquel hombre era el que tanto deseaba ver.

Cuando Ludovico fué por la noche á la taberna del "Padre Noé" resuelto á hacer cuanto estuviera de su parte para arrancar al Zurdo el secreto del paradero de Mário, la Espigada le recibió dándole el recado de Paco.

Inmediatamente corrió en direccion de la casa del señor Gonzaga; llamó, insistió para entrar; dijo que iba en busca de amo y llamado por él; todo fué inútil; el portero se atuvo á su consigna, y el hombre sospechoso no entró á la casa donde hubiera podido abrazar á Mário y dar al padre de Fernando pormenores sobre la horrible muerte de Marietta y acerca de la catástrofe que convirtió en negras ruinas la bella casa de molino.

XXIV.

¡Seis millones de reales!

Pocos momentos despues de haber salido Ludovico de la taberna del "Padre Noé," los parroquianos de la Espigada que ya conocemos, y algunos otros del mismo jaez que habian llegado sucesivamente, se hallaban instalados frente á la mesa bebiendo á cual mas y mejor.

Faltaban, como es de suponerse, el Doctor y el Zurdo.

El asunto que habia llevado á aquellos hombres á casa de la Espigada debia ser muy sério y reservado, á juzgar por el aire de misterio con que el Cura, despues de haberse cerciorado de que estaban reunidos todos, dirigió á la tabernera las siguientes palabras:

—Atranca y echa la llave, Espigada, y ni á Cristo padre le abras.

—¿Me toman ustedes por entero?

—Claro.

Y sacando algunas monedas del bolsillo las entregó á la mujer que hizo lo que le ordenaba el Cura.

—Ahora, venga la llave, y á tu nido, vieja; que vamos á hablar en secreto.

—¿Secreticos tenemos? pues á fé que los sabré guardar mejor que cualquiera de ustedes.

—Para eso seria bueno que no fueras mujer, Espigada, y vieja por añadidura. Despáchate y déjanos solos.

—¿Y mi cantina?

—Corre de mi cuenta, y hasta la última gota te pagaremos. Conque, en marcha.

La Espigada obedeció murmurando.

Luego que hubo salido la vieja, el Cura se dirigió á los demás bebedores, y dijo:

—El negocio de que vamos á hablar no es un grano de anís ¡voto al chápíro! é importa asegurarle. Es preciso que la vieja nada oiga, ó nos perdemos. Necesito dos hombres de buena voluntad.

—¡Presentes!—contestaron á una todos aquellos bribones.

—Con dos basta, señores,—dijo el cura sonriendo con satisfacción por el arranque de entusiasmo de su tropa.

—Si se trata de la Espigada, chico, ya sabes que estoy listo para jugarle malas pasadas; pero siempre que no exceda de broma—repuso el Estreñido.

—Pues ve con otro á su cuarto y pónla en estado de que nada oiga.

El Estreñido salió acompañado de nuestro antiguo conocido el Escribano, y á poco se oyó el ruido de una lucha, y la voz del Estreñido que decía:

—Ah perra curiosa! con que te preparabas á oír lo que hablábamos? pues ahora te compondremos.

La vieja dejaba escapar un gruñido sordo como si quisiera hablar y se lo impidiera una mordaza.

Después todo quedó en silencio, y los dos ejecutores de la voluntad del Cura volvieron á la sala de la taberna.

—Queda hecha un chorizo de Extremadura,—dijo el Estreñido—pero eso sí, en su cama y bien arropadita, que fuerza es ser galantes con las damas, aun cuando sean viejas y flacas. Yo me encargo de volverle mañana la libertad.

—Si no has perdido la tuya—dijo el Cura.

—¿Cómo!

—Señores,—dijo el Cura llenando su copa, é invitando á beber á los que le escuchaban—no puedo ocultar á ustedes que el negocio para el cual tengo el honor de invitarlos, presenta sus dificultades graves y no podrá llevarse á cabo sin peligro pero si la fortuna no se nos muestra esquiva, es negocio redondo. Se trata de una suma de seis millones de reales.

—¡Seis millones!—murmuraron aquellos hombres con asombro y chispeándoles los ojos.

—¿Quieres burlarte de nosotros, párroco?—dijo el Escribano trémulo de emoción.—¿Se te figura que son tan anchas las tragaderas nuestras que por un momento siquiera creamos que seis milloncitos se tienen así no mas, como quien dice, á disposición del primero que quiera apropiárselos? En cuanto á mí, doy fé de que si mi madre no me hubiera parido pobre y sin un demonio de pariente rico á quien heredar, mis patacones estarían guardados por todo un regimiento. A gran señor grande honor. ¡Qué diablo de cuentos nos estas ensartando, hombre!

—Estos curiales—contestó el Cura alzando los hombros—estos ministros de las leyes, hombres de fé y de justicia como ellos se llaman, están acostumbrados á engañar á todo el mundo, y juzgan el corazón ajeno por el propio. ¡Habría bribones! Son capaces de ganar el doble de seis millones extendiendo testimonios falsos y robando al prójimo, y no comprenden pueda haber comerciantes que haciendo el contrabando y adulterando

los efectos, hayan podido reunir y tengan en caja tan miserable suma.

—Respetable pastor sin ovejas,—replicó el Escribano—ya no extraño que los clérigos de los tiempos que alcanzamos estén de baja; tienen las entendederas al revés, y á juzgar por tí que eres la lumbrera de la iglesia, aunque no sea mas que por que estás siempre alumbrado, la respetable esposa de Jesucristo se halla en profundísimas tinieblas. Yo no he dicho que dudo haya quien posea esa suma, y sería capaz de dar mi alma al diablo á trueque de que cada uno de los que tienen mas me diera el excedente; pero lo que me parece inverosímil, y creo que á estos señores les pasa lo mismo, es que haya hombre tan tonto que poseyendo ese inmenso don del simpático Pluto, le tenga á nuestro alcance.

—*Ego te absolvo* por tonto y por escribano, que allá se van; y agradece á mi caridad evangélica el que no te excomulgue al punto y te deje sin parte por incrédulo.

—Déjense ustedes de palabras y al grano, que la boca se nos hace agua—dijo uno de los concurrentes.

—Este sí es de talento—replicó el Cura.—Allá va mi historia. Ya saben ustedes, y no tengo necesidad de repetirlo, aunque ahora viene al caso, que mis relaciones son muy extensas y abrazan todas las clases de la sociedad. Un chico muy guapo, que con solo decir fué educado por mí, se comprende que es muchacho de provecho, tiene el empleo de cajero de una casa fuerte de comercio de esta ciudad, y están á su disposición, como es consiguiente, las llaves de la caja. Es el muchacho mas honrado que hay en el mundo, y oro molido se le podría fiar con la seguridad de que no faltaria un átomo.

—Pues entónces—interrumpió el Escribano—no puede ser tu discípulo.

—¡Calla, hombre!—dijeron á un tiempo todos los auditores, dirigiendo con indignacion una mirada terrible al Escribano.

—Da fé de que eres un bruto—continuó el Cura.—Como iba yo diciendo, este chico es honradísimo; la cuenta de la caja está siempre exacta como un reloj, y al encargado de los gastos menores me le trae en un pié, lo mismo que á sus compañeros. Seria capaz de pedir al patron que los separase por un maravedí. Pues bien, este chico que como ustedes se figurarán disfruta de la confianza absoluta del gefe de la casa, fué á verme dias pasados, y por él sé que estando próximos á cumplirse varios vencimientos de importancia, hay en caja, en bellas peluconas, la friolera de seis millones de reales. El muchacho habrá dejado esta noche, por distraccion se entiende, las llaves fuera de su escondite, y si nosotros logramos romper la reja de una ventana y entrar sin que lo sienta la tierra, mañana somos unos Cresos.

—O estamos en Chirona—dijo el Estreñido.

—Pero una reja no es fácil de romperse en un momento.

—¿Te parece á tí que hoy empiezo á vivir?—replicó el Cura.—Ha muchas noches que me desvelo limando poco á poco una barra de esa reja que nos separa del tesoro y cederá ahora á un ligero empuje. Lo demas corre de mi cuenta.

—¿Y cómo se dividirán las acciones?

—Ya comprenderán ustedes que ese chico tan honradote y yo debemos tener la mayor parte como iniciadores y preparadores del negocio. Pensamos dividirnos la mitad; y la otra mitad, por iguales partes, se dividirá entre el resto de los asociados. ¿Qué les parece á ustedes?

—Conformes! dijeron á una los bribones, y levantándose de sus asientos salieron juntos de la taberna, cuya puerta cerraron por la parte de afuera.